

BOLETIN



ECLESIASTICO

DEL

Obispado de Astorga.

SANTA PASTORAL

VISITA.

S. S. I. el Obispo mi Señor ha terminado felizmente la Santa Pastoral Visita de los pueblos pertenecientes á Morales de Rey, 5.^a mansion del arciprestazgo de Páramo y Vega, y en la tarde del Sábado 26 del corriente se ha trasladado á la de S. Verísimo de Alija, en donde continúa sin novedad en su importante salud. Astorga 28 de Julio de 1862. — Doc-

tor Joaquin Palacio, Canónigo Secretario.

SECRETARIA DE CÁMARA.

Continúa la suscripción de donativos voluntarios abierta en esta Diócesis á favor de la Santa Sede.

	Reales.	Mrs.
Suma anterior. . .	237.876	32.
Un párroco de la Diócesis.		39
SUMA. . . .	237.915	32.

(Se continuará.)

Astorga 29 de Julio de 1862. —
Dr. Joaquin Palacio, canónigo Secretario.

CARTA

DEL MUY REVERENDO P. FR. MARIANO
 CUARTERO, VICARIO APOSTÓLICO DEL
 TONQUIN ORIENTAL.

»Marzo 23 de 1862.

(Conclusion.)

Su agradecimiento á los beneficios era tan señalado, que cuando la justicia ó el bien comun exigian obrar en sentido poco favorable á los que le habian hecho algun beneficio, lo sentia en extremo, le era preciso violentarse, y quedaba con gran sentimiento y como sonrojado: su fe era vivisima, y de ella procedia aquella su reverencia y amor á la Santa Sede, y su escrupulosa exactitud en arreglar su conducta á las decisiones apostólicas. En los últimos años padeció muy graves enfermedades, y á veces era atacado del humor melancólico sin poderlo remediar, efecto sin duda de lo mucho que habia sufrido su piadoso corazón en tantos años de apostolado: vivió en Tonquin desde mayo de 1829; fue vicario apostólico mas de veinte años, y recibió la palma de martir cumplidos ya los sesenta y uno de su edad.

»Del venerable Ilmo. y Rmo. Sr. D. Fr. Valentin Berrio-Ochoa otros hablarán, y en ese colegio no se habran aun olvidado sus buenos ejemplos. Yo diré, sin embargo, lo que observé cuando tuve el honor de recibirle en nuestra residencia, y vivir en un mismo cuarto por algunos meses: era un varon justo, de vida muy espiritual, de mucha oracion y admira-

ble constancia en ella, muy ejercitado en la mortificacion exterior, y mas aun en la interior, en la que habia hecho grandes progresos. Aunque austero consigo mismo, era muy suave y benigno con los demas; de trato muy jovial, humilde sin pusilaminidad, muy amante de Jesucristo, entusiasta admirador de las virtudes y méritos de San Pablo, y cuando hablaba de la caridad del Apostol de las Gentes se estasiaba; celoso y exactísimo en el cumplimiento de sus deberes, incansable en el trabajo, dormia poco, ocupaba gran parte de la noche en el estudio del idioma, en el de las decisiones de la Sagrada Congregacion *De Propaganda Fide*, y demas cosas que tuviesen relacion con su alta dignidad y delicado cargo. Me oyó decir que el conocimiento de las letras del pais y de las sinico-annamíticas era muy útil á todo misionero, y mas á los Prelados, ya por la predicacion evangélica, ya tambien porque, ignorándolas muchas veces habrá papeles que no convendria los viese nadie mas que el Prelado; y esto lo tomó tan á pechos, que cuando á fines del 53 nos separamos, ya tenia vencida la principal dificultad, y supongo que estaria últimamente muy adelantado. Es verdad que su cuerpo lo pagaba, pues de dia lo rozaba con el continuo trabajo, y de noche apenas le daba cuatro horas de descanso. No le faltaba la sal de todas las virtudes, la prudencia, y era tal el grado de sus virtudes, que se hacian sentir y ver de todos; así que, su fragancia la percibieron sus subditos, aun antes de conocer á su Ilustrísima. Hubiera sido un dechado de vicarios apostólicos, mas el Señor qui-

so pronto premiar sus virtudes con el martirio, aunque mas de una vez le oí decir que estaba persuadido de que sus pecados le habian de detener unos cincuenta años en este valle de lágrimas; lo cual decia, sin duda, porque como su humildad era verdadera, le hacia temer un largo destierro como necesario para expiar sus faltas. Nació en Elorrio, provincia de Vizcaya, y era ya sacerdote ejemplar y director espiritual en el Seminario de Logroño, cuando vistió el santo hábito en ese nuestro colegio de Ocaña: llegó á estas misiones en abril del 58, y en el mismo fue elegido coadjutor del Vicario Sr. Melchor, y antes de saber el idioma se halló con el gravísimo peso del vicariato Central. Consagrado Obispo en el mes de Junio de dicho año, salió á donde yo me hallaba por estar aquello en tal fecha mas sosegado, y entonces, como ya he dicho, vivimos juntos, y formé del venerable mártir el juicio que llevo enunciado.

¿Y que diré del venerable P. Almató? Poco pero de muy subido precio: conservó toda su vida la gracia bautismal y la pureza virginal. Me parece que es este bastante elogio, y mas en tiempos tan malos: estoy persuadido de que su venida al Tunquin fue solo porque á las dos grandes gracias mencionadas queria el Señor añadir la del martirio; y aun antes de que lo consiguiese, lo pensé muchas veces, pues su complexion no era para los trabajos del Tunquin. Casi siempre estaba enfermo: recibió la palma de martir en el mismo dia en que, treinta y un años antes, viniera al mundo en San Feliu Saserra, obispado de Vich: sus padres, que aun vi-

ven, son muy buenos cristianos, y educaban á sus hijos en el santo temor de Dios. Su padre es médico, y tiene un hermano graduado de doctor en la misma facultad: una hermana suya hizo en muy poco tiempo tales progresos en el amor de Jesucristo, que el mismo venerable P. Pedro Almató lloraba cuando leia cosas tan bien dichas y sentidas sobre la virtud en cuantas cartas recibia de ella. Lloraba porque se consideraba como un ingrato á los divinos beneficios, viéndose vencido en el amor de Jesucristo por su hermana: las cartas las vi yó, y, en efecto, enternecian y edificaban. Den Vds. la enhorabuena de mi parte á sus felices padres y hermanos, pues su venerable hijo y hermano era tambien muy amigo mio.

»Aquí vendria muy bien referir á V. el estado miserable de nuestros cristianos; mas la tribulacion es tan grande, que no bastan palabras. Solo podemos llorar y clamar á Jesucristo para que nos libre de tan terrible y desoladora tormenta: ya no existen nuestros mas hermosos pueblos cristianos; las casas han sido destruidas; si queda alguna que otra cristiandad, se debe á la comiseracion de algunos ministros subalternos; nuestros neófitos, dispersos por los pueblos infieles y rigurosamente custodiados, son llamados una ó mas veces al mes á las respectivas prefecturas con el objeto de saber si falta alguno; les marcaron sus mejillas con caracteres de ignominia; en nuestra provincia oriental, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos (esceptuando los párvulos, y algunos otros por amistad ú otra consideracion particular) andan



pesadas cargas, y muchos de ellos, por necesidad, precisados á mendigar de puerta en puerta ó en las plazas. ¡Ay! ya no tienen hermanos cristianos á quienes pedir limosna, pues que, quién mas, quién menos, todos se ven reducidos a la miseria. ¡Dios se compadezca de los pobrecitos! ¡Oh quién pudier. recorrer todos los pueblos infieles para consolar á mis queridos hijos. ¡Pero ni a un este consuelo podemos tener nosotros ni para los que sufren mas hambres aun de alma que de cuerpo! ¡Sin sacramentos, sin sacerdotes, sin ver mas que supersticiones, y aun compelidos á marcharse con el culto idolátrico! ¡Oh estado digno de compasion! Habrá aun así muchos que puros; pero ¿se conservará la mayoría? ¡Y nuestros parvulitos! *Exurge Domine, adjuva nos:* ¡oh almas piadosas, ayudadnos con fervientes oraciones! ¡Oh sacerdotes del Señor; en vuestros sacrificios no olvidéis las misiones annamitas! Y V. disimule, pues cuando pienso en ello, ó quiero decir algo sobre nuestros infelices cristianos mi corazon se oprime, y no puedo hacer otra cosa sino llorar y mas llorar.

» Mis afectos á nuestro padre reverendísimo, á los PP. Moran, Manzano, Chaca, Fuixà, Blas, Félix, etc.; y vosotros, jóvenes, ahora es tiempo de prepararse con el estudio y la oracion, para que algun dia podais recoger el fruto que produzca la sangre de tantos mártires hermanos vuestros, si sois verdaderos hijos del Gran Guzman. Al oír tales nuevas, deberán latir vuestros corazones, deseando ya entrar en las batallas del Señor. ¡Animo pues; mucho estudio sin jamas dejar la oracion mental, y de ese modo Dios os

mandará algun dia y os dirá lo que á sus Apóstoles junto al pozo de la Samaritana! A todos suplico muy de veras me encomienden mucho á Dios, asi como á la mision. Suyo afectísimo *ex corde.* — Fr. Hilario, Obispo de Pafos, Vicario apostólico del Tunquin Oriental.»

RESEÑA

DE LAS CANONIZACIONES DE SANTOS CELEBRADAS DESDE 995.

Han trascurrido veintidos años desde que, en el dia de la Santísima Trinidad de 1839, se celebró en Roma la última solemne canonizacion, que hizo Gregorio XVI, de S. Alfonso de Ligorio, S. Francisco de Gerónimo, S. Juan José de la Cruz, S. Pacifio de S. Severino, y Sta. Verónica de Julianis, Treinta y dos años antes, en 1807, canonizó Pio VII á S. Francisco Caraciolo, á S. Benito de Filadelfia, á Sta. Angela Merici, (cuyo oficio acaba de acerse extensivo á la Iglesia universal), á Sta. Coleta y á San Jacinto de Mariscotti. La canonizacion del *Beato Miguel de los Santos y mártires del Japon*, es por consiguiente la tercera que se hace en el presente siglo.

Los ejemplos mas antiguos de canonizacion, que constan en monumentos ciertos, se remontan al siglo X; pero, esto no obstante, la historia nos habla de muchas canonizaciones hechas por los Sumos Pontífices mucho tiempo antes. En efecto, estando en Francia el Papa Esteban II, en 752, á instancias del Rey Pipino, dió orden á los Obispos de Tréves, Mayenza,

Liege y Colonia para que hicieran informaciones sobre la vida de S. Swidberto

Se cree que S. Leon III hizo en 804 la Canonizacion solemne de este Santo, en presencia de Carlo-Magno y de gran número de Cardenales y Obispos. En el tratado de Benedicto XVI pueden verse otros muchos ejemplos. Faltan empero los documentos auténticos de esas remotas épocas, si bien poseemos aun la bula ó decreto sinodal, por el que Juan XVI, en 993, canonizó solemnemente á S. Udalrico, que habia fallecido 20 años antes. Este diploma de Juan XVI está inserto en el Bulario romano, tomo-I, página 288.

Desde esta época hasta nuestros dias se cuentan 189 canonizaciones solemnes hechas por los Sumos Pontífices hasta Gregorio XVI inclusive.

Hé aqui el catalogo de las mas memorables.

En 1152 S. Enrique, canonizado por Eugenio III.

Alejandro III, canonizó entre otros hasta diez, á S. Eduardo rey, á S. Bernardo, y á Sto. Tomás de Cantorbery.

Inocencio III á la emperatriz Sta Cunegunda y á S. Gilberto. Honorio III á Santa Gertrudis.

Gregorio IX, á S. Francisco de Asis, en 1228, á S. Antonio de Pádua, en 1232, á Sto. Domingo de Guzman, en 1233, y á Santa Isabel de Hungría, en 1235.

Alejandro IV, á Sta. Clara, en 1255.

Clemente IV, á Santa Eduvigis, reina de Polonia, en 1267.

Clemente V, al Papa San Pedro

Celestino, en 1313.

Juan XXII, á Santo Tomás de Aquino, en 1323.

Santa Brígida fue canonizada en 1390

Eugenio VI, en 1446, á S. Nicolás de Tolentino.

Nicolás V. en 1450, á S. Bernardino de Sena.

Calisto III, á S. Vicente Ferrer y á San Edmundo de Inglaterra, en 1455; y en 1458 á Sta. Rosa de Viterbo.

Pio II, en 1461 á Sta. Catalina de Sena.

Sixto IV, en 1482, á S. Buena-ventura.

Inocencio VIII, en 1485, á San Leopoldo, duque de Austria.

Leon X, á S. Bruno, en 1514, á S. Francisco de Paula en 1519, y á San Casimiro, rey de Polonia, en 1521.

Adriano VI, en 1523, á S. Antonino.

Sixto V, á S. Diego en 1588.

Clemente VIII, á S. Jacinto, en 1594, y á S. Raymundo de Peñafort, en 1600.

Paulo V, á Sta. Francisca Romana, en 1608 y á S. Carlos Borromeo, en 1610.

Gregorio XV, en 1622, á San Isidro Labrador, S. Felipe Neri, San Ignacio de Loyola, S. Francisco Javier, y Santa Teresa de Jesus.

Urbano VIII, á Sta. Isabel de Portugal y á San Andrés Corsino, en 1629.

Alejandro VII, en 1658, á Santo Tomás de Villanueva y á S. Francisco de Salés, en 1665.

Clemente IX, en 1669, á San Pe-

dro de Alcantara y á Sta. Maria Magdalena de Pazzis.

Clemente X, en 1674, á San Cavetano, S. Francisco de Borja, San Felipe Benicio, San Luis Beltran y Sta. Rosa de Lima. Desde esta época se observa constantemente el uso de canonizar muchos santos en una sola festividad y ceremonia.

Alejandro VIII canonizó en 1690 simultaneamente, á S. Lorenzo Justiniano, á S. Juan Capistrano, á S. Pascual Bailon, á S. Juan de Sahagun y á S. Juan de Dios.

Clemente XI, en 1712, á San Pio V. á S. Felix de Cantalicio, á San Andrés Avelino y á Sta. Catalina de Bolognia.

Benedicto XIII hizo la canonizacion mas numerosa que se habia conocido, porque canonizó simultaneamente á Sto. Toribio, á Santiago de la Marca, á Sta. Inés de Montepoliciano; á S. Peregrino Lezioso, á San Juan de la Cruz, á S. Francisco Solano, á S. Luis Gonzaga y á S. Estanislao de Koska.

Este mismo Pontífice, en 1728, canonizó á S. Juan Nepomuceno, y á Sta. Margarita de Cortona.

Ningun Papa ha hecho tantas canonizaciones como Alejandro III y Benedicto XIII.

Clemente XII, en 1737, á San Vicente de Paul, á S. Juan Francisco Regis, á Sta. Catalina de Génova y á Sta. Juliana de Falconeri.

Benedicto XIV, en 1746, á San Fidel de Sigmaringa, á S. Camilo de Lelis, á S. Pedro Regalado, á S. José de Leonisa, y á Sta. Catalina de Ricci.

Clemente XIII, 23 años despues, á S. Juan Cancio, á S. José Cuperti-

no, á S. Gerónimo Emiliano, á S. Serafia de Montegranario, y á Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

En 1807 se hizo la canonizacion de S. Francisco Caracciolo, de San Benito, de S. Filadelfia, de Sta. Angela Merici, de Sta. Coleta y de S. Jacinto de Mariscoli.

Por último, Gregorio XVI en 1839 á los que ya hemos dicho.

Resulta, pues, que desde el siglo XVI hasta nuestros dias se han hecho 190 canonizaciones.

El Excmo. é Ilmo Sr. Dr. Don José Domingo Costa y Borrás, Arzobispo de Tarragona, á dirigido á sus diocesanos, al regresar de su viaje á Roma, la elocuente Pastoral que copiamos á continuacion:

«NES DR. D. JOSÉ DOMINGO COSTA Y BORRAS POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA Santa Sede Apótolica Arzobispo de Tarragona, primado de las Españas, prelado domestico de Su Santidad, asistente al sólio Pontificio, noble romano, caballero gran cruz de la Real y distinguida Orden española de Carlos III y de la americana de Isabel la católica, senador del reino, del Consejo de S. M. ect.

«Al venerable dean y cabildo de nuestra Santa Iglesia metropolitana y primada, clero y pueblo de nuestro arzobispado, salud en Jesucristo.

«Hemos regresado felizmente de nuestro viaje á Roma despues de tener la dicha de concurrir con el correspondiente voto á la solemne canonizacion de los mártires del Japon y

del glorioso Miguel de los Santos. Damos las mas cumplidas gracias á Dios carisimos hermanos, por las que se ha dignado concedernos durante nuestra ausencia, y lo hacemos con tanto mayor placer, cuanto observamos que sus misericordias no han sido escasas entre vosotros, segun nuestras continuas oraciones. ¡Ojalá el Señor quiera otorgarnos propicio lo que para esta nuestra amada diócesis le hemos suplicado prosternados ante los sagrados sepúlcros de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo. Restanos ahora á todos el cumplir con el deber de aprovecharnos de tanta bondad y clemencia, asociándonos de todo corazón al espíritu de la Santa Iglesia. Esta madre, la mas cariñosa y solícita por nuestro bien, cuando ejecuta y celebra unos actos tan sublimes y grandiosos como los indicados, al paso que nos ofrece modelos que imitar, nos señala tambien protectores que invocar, á fin de que nos ayuden y favorezcan de continuo, y en especial en los trances mas difíciles de nuestra peligrosa carrera. Nunca ha necesitado mas el mundo de lo uno y del otro. A los cristianos débiles y cobardes que á duras penas se atreven á comparecer en público como tales, los auxilia y alienta con la eroica decision y valeroso ejemplo de los mártires japoneses. A los mundanos y relajados les opone y ofrece un ejemplo perfecto de inocencia y de penitencia en el Bienaventurado Miguel de los Santos. A todos en fin, cualquiera que sea la condicion y estado, nos recuerda el gravísimo deber de santificarnos, exaltando á unos humildes que para conseguirlo hubieron de luchar con las mismas dificultades y acaso con otras superiores á las que á nosotros nos arredran y embarazan. Todas las vencieron con el auxi-

lio divino, y con el mismo las venceremos nosotros si hacemos lo que nos toca de nuestra parte. Sea, pues, gloria á Dios y á estos invictos campeones, cuya intercesion ha de servirnos grandemente si con todas nuestras veras la solicitamos é imploramos

»En medio del júbilo que inunda nuestro corazon por estos triunfos de la Santa Iglesia, no podemos menos de alligirnos y alarmarnos en vista de las sensibles defecciones y estravios de los malos católicos. No parece sino que se han sublevado contra las sanas creencias, que un dia abrazaron, segun la cruda guerra que están haciendo á la verdad y á la justicia, asi como á los hombres y á los objetos que las personifican y representan. No hay precepto que no conculquen, ni consejo que no desprecien, ni doctrina que no impugnen, ni práctica piadosa que no ridiculicen. Este proceder tan inícuo y criminal, ha creado en ellos fatalísimos hábitos, llevándoles á tal extremo de obcecacion para las cosas del alma, que á veces duda uno de la certidumbre de aquello que en los mismos ve, oye y observa. Ni aprenden ni olvidan. Se les ha puesto en gran relieve el cúmulo de errores y de miserias del paganismo en lo religioso, en lo moral, en lo social, en lo político, en lo doméstico y en todo otro orden: y ellos, no obstante, á juzgar por sus obras, quieren ser paganos. Se les predica é Jesucristo y á su celestial y admirable doctrina, luz y restauracion verdadera de un mundo ciego y envilecido, y ellos prefieren las tinieblas y la degradacion; tales son todas sus cosas. Se les descubre el magnífico cuadro de la Religion, única y verdadera pancea del género humano, y ellos la desprecian y ridiculizan. Se les demuestra que los modernos enemigos

=244=

de aquella no hacen sino vestir con traje de moda antiguos monstruos, cien mil veces descubiertos y aplastados por la prodigiosa sabiduría de los doctores católicos y por la autoridad de la Iglesia; pero ellos, ignorantes de verdad ó de ficción, insisten, vuelven y pugnan por sacar á flote el cieno que años há se encuentra sumergido en las profundidades del abismo. El orgullo y la soberbia les impiden reconocer su derrota en todos los terrenos. Idólatras de sí mismos, se deifican y adoran. Admiradores de su menguada razón, la levantan un trono en su interior y la constituyen árbitra y juez de todo. Son tales sus desatinos, errores y escentricidades, que si á fuerza de mentir y de involucrar las cosas no hubiesen trastornado el buen sentido de muchos incautos, aquel solo bastaba para que la generalidad de los hombres les desechara como delirantes y les huyera como de la peste mas terrible y mortífera. Hállanse retratados muy al vivo en los libros santos y en los Padres y Doctores. Las personas son distintas, pero las ideas las mismas. «A busaron de la razón, decía San Juan Crisóstomo, que Dios les habia dado, porque Dios se la dió para oír su voz, recibir su doctrina y seguir la luz del cielo; pero ellos, temerariamente confiados en su ingenio, se abandonaron á los racionios que en vez de mostrarles el verdadero camino, les arrojaron al profundo piélago de la impiedad.»

«Dedúcese de aquí que los mas procaces y fieros enemigos de la Iglesia son sus hijos desnaturalizados, rebeldes y pervertidos. Tan funesta transformacion va obrándose por los malos libros y periódicos que reputan por tema obligado el atacar y calumniar doctrinas, instituciones y per-

sonas veneradas. El trabajo lo tienen hecho. Con los errores del siglo anterior y con el apoyo de sus patrocinadores hay mas que suficiente para poner en graves apuros á la Iglesia y para desquiciarla y sumir en el caos, no uno, sino muchos mundos si existieran. Apenas hay quien no lo conozca y no esté penetrado de la urgente necesidad de un remedio tan heróico, como la estension é intensidad del mal reclaman de consuno. Por fortuna se halla aquel á la vista de todos, y en particular de los pueblos católicos. La Iglesia le presenta, pues, prescindiendo de otras varias consideraciones, nadie osará negar lo que en este sentido se halla consignado en los varios escritos del inmortal Pio IX. No hay error que no se descubra, ni manejo que no se denuncie, ni mal que no se lamente, ni peligro que no se prevea, ni, por fin, correctivo que no se indique. A este dignísimo Vicario de Jesucristo siguen los demas Prelados, quienes en innumerables escritos han debatido los puntos mas importantes, ofreciendo las doctrinas verdaderas, saludables y conservadoras, en refutacion de las falsas, mortíferas y disolventes. Medítese seriamente los referidos monumentos que la posteridad sin duda apreciará y utilizará mucho mas que la generacion presente.

(Se continuará.)

ASTORGA. = 1862.

Imprenta de D. Antonio Gullen.
PLAZUELA DE ISABEL 2.º NÚMERO. 14.